

# Filipenses 1:1–11

Cuando miramos nuestra iglesia local, nuestra familia o incluso nuestras propias vidas y vemos tantas fallas, ¿cómo podemos tener la certeza de que Dios no ha abandonado su obra?

Somos tentados a pensar que Dios ya no está obrando cuando vemos familias en dificultad, matrimonios en crisis o pecado que sale a la luz. Nos desanimamos y eso nos quita el gozo.

Pablo escribe a una iglesia que también enfrentaba dificultades internas y externas. Había tensiones, necesidad de unidad, oposición, y un llamado a vivir y proclamar el evangelio con firmeza. En medio de todo eso, necesitaban recordar que Dios seguía obrando en ellos.

Abramos nuestras Biblias y leamos juntos el inicio de esta carta.

## Bosquejo

1. Quiénes somos: identidad antes de imperativo (vv. 1-2)
2. Lo que Dios ha hecho y está haciendo: el fundamento de la confianza (vv. 3-8)
3. Hacia dónde va esto: el objetivo de la obra de Dios (vv. 9-11)

## 1. Quiénes somos: identidad antes de imperativo (vv. 1-2)

Identidad antes que circunstancia. Lo que somos en Cristo no depende de lo que vivimos.

Pablo se dirige a la iglesia de los filipenses. Esta iglesia había sido fundada por Pablo en su segundo viaje misionero, como leemos en Hechos 16. En ese viaje Pablo llega a Filipos acompañado de Timoteo, quien ya se había unido a su equipo como colaborador en el evangelio.

Cuando Pablo escribe esta carta, junto a Timoteo, la iglesia de Filipos enfrentaba oposición externa por causa del evangelio, tensiones internas que afectaban su unidad, conflictos personales visibles —como el de Evodia y Síntique— y advertencias contra influencias doctrinales erróneas. No era una iglesia desviada, pero sí una comunidad bajo presión que necesitaba firmeza, humildad y perseverancia en el evangelio.

Además, Pablo escribe esta carta desde la prisión. Y, sin embargo, es una carta marcada por el gozo. No es el gozo de circunstancias fáciles, sino el gozo que nace de estar en Cristo.

A lo largo de esta carta veremos que Pablo llama a esta iglesia a vivir de una manera digna del evangelio: unidos, humildes y firmes en medio de la presión.

Pablo inicia su carta con un saludo intencional: recordar cuál es su posición en Cristo Jesús antes de comenzar a tratar problemas y exhortaciones.

Pablo y Timoteo se describen como siervos de Cristo Jesús. La palabra griega es *doulos*, que literalmente significa esclavo: alguien que pertenece a un amo y vive para obedecerle y servirle. Pablo está preso por ser un esclavo de Cristo; Timoteo está libre, pero también es un esclavo de Cristo. Ambos se deben enteramente a Él y están completamente sometidos a su Señorío.

Luego Pablo se dirige a los creyentes como santos en Cristo Jesús. Su título principal no es el de ciudadanos romanos, sino el de personas apartadas en Cristo. Han sido apartados para Dios en Él. Así como el templo de Israel y sus utensilios eran apartados para el servicio de Dios, ahora sus vidas han sido dedicadas para Él porque están en Cristo.

No son santos por su desempeño ni por sus circunstancias, sino porque están en Cristo. Por eso pueden tener seguridad, confianza y esperanza en medio de dificultades internas y externas. Son un pueblo santo llamado a anunciar el evangelio y servir a Dios.

Pablo establece desde el primer versículo que lo que somos no depende de lo que estamos viviendo. La identidad precede a la experiencia. Son santos no porque se sientan santos. Son siervos no porque estén sirviendo bien, sino porque Cristo los hizo suyos —y esa identidad ahora los llama a servir. Están en Cristo no porque su comunión sea perfecta.

Toda la identidad que Pablo menciona está anclada en esa pequeña frase: **en Cristo Jesús**.

Pablo también menciona explícitamente a los obispos y diáconos, mostrando que esta iglesia ya contaba con una estructura reconocida de liderazgo. Ellos probablemente, dirigían a la iglesia en el apoyo a Pablo. Notemos la pluralidad de ambos títulos.

La gracia y la paz vienen de parte de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo. Son el regalo que fluye del evangelio y de nuestra unión con Cristo. La gracia es el favor inmerecido que los hizo santos; la paz es el resultado de haber sido reconciliados con Dios por medio de Cristo.

Si hoy miramos nuestras debilidades o conflictos y dudamos de quiénes somos, Pablo nos recuerda que nuestra identidad no está determinada por nuestras circunstancias, sino por nuestra unión con Cristo.

Cuando se trata de nuestra identidad, Dios no quiere que nos miremos en el espejo sino en la cruz. Jesús es quien nos representa y da identidad. No nuestros logros o fracasos.

¿Dónde estamos buscando nuestra identidad como iglesia? ¿En algún tipo de reputación? ¿En algún desempeño o en nuestra cantidad de miembros o actividades? Todo eso puede cambiar pero nuestra identidad de santos siempre se sostendrá.

El evangelio nos recuerda que somos apartados **en Cristo Jesús**, y precisamente por eso le servimos como sus esclavos por amor.

El evangelio es el fundamento de esta carta, y sobre ese fundamento descansa la convicción que Pablo afirmará en el siguiente punto.

## 2. Lo que Dios ha hecho y está haciendo: el fundamento de la confianza (vv. 3-8)

Aunque lo que Pablo declara es una realidad espiritual para nosotros como pueblo de Dios, a veces, al mirarnos, dudamos.

Nos vemos imperfectos y débiles, con conflictos en el hogar o en la iglesia, y nos preguntamos: “¿De verdad soy santo? ¿Realmente soy siervo?” Como si “santo” y “siervo” fueran logros que alcanzamos, y no posiciones que recibimos por pura gracia.

Por eso Pablo les recuerda -y nos recuerda- una verdad teológica que nos fortalecerá para confiar: **Dios aún no ha terminado su obra en nosotros.**

Cuando una casa está en construcción, el desorden no significa abandono; significa que la obra está en proceso. Y mientras el arquitecto sigue trabajando, el resultado final está asegurado. No se ha terminado la obra aún. Algo así tiene en mente Pablo.

*Volvamos al texto:*

¿Qué está haciendo Pablo? Está **orando**.

Da **gracias** a Dios cada vez que se acuerda de ellos. Y lo hace con **gozo**, rogando por todos los filipenses.

¿Y cuál es la razón de ese gozo? Su participación en el evangelio desde el primer día hasta ahora.

Desde el momento en que recibieron el evangelio por medio de Pablo, comenzaron a participar en él. La palabra que usa es *koinonía*: comunión, sociedad, participación activa. No fueron oyentes pasivos, sino colaboradores en la causa del evangelio.

Una iglesia que entiende el evangelio de la gracia no puede ser pasiva. Los filipenses eran activos en la misión de Dios.

Como dice en el versículo 7, eran copartícipes de la gracia con él. Compartían no solo la fe, sino también el sufrimiento por causa de Cristo. Experimentaban oposición, así como Pablo. Además, lo habían sostenido financieramente para el avance del evangelio y continuaban haciéndolo.

El gozo de Pablo no nace simplemente de un afecto personal, sino de una realidad espiritual visible: Dios había formado en Filipos una iglesia comprometida con el evangelio.

Pero de fondo hay una convicción que sostiene todo lo que Pablo dice y es el corazón de nuestro texto hoy:

“Estoy convencido precisamente de esto: que el que comenzó en ustedes la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Cristo Jesús.” (Filipenses 1:6, NBLA)

El sujeto es claro: **el que comenzó**. No ellos. No Pablo. Dios.

Pablo puede sentir amor, gozo y gratitud por los filipenses porque entiende con claridad que Dios inició en ellos una buena obra al hacerlos partícipes del evangelio. Esa obra no es solo algo interno; es la obra visible de Dios formando y sosteniendo a su iglesia. Y ahora, en medio de grandes dificultades, Dios no ha dejado de obrar. Él mismo la está perfeccionando, y no dejará de hacerlo hasta el día de Cristo Jesús.

*Vemos como Cristo es de principio a fin la razón de su certeza y confianza.*

**Comenzaron por Cristo, están en Cristo y serán perfeccionados hasta el día de Cristo.** Su salud espiritual está ligada a Jesús para siempre. Y así también es la nuestra.

El día de Cristo no es simplemente el final de sus problemas, sino el día en que Cristo será revelado y su obra en su pueblo será completa.

Pablo dice que los lleva en el corazón, porque su comunión en el evangelio había trascendido lo geográfico. Lo habían acompañado en sus prisiones y eran copartícipes con él en la defensa y confirmación del evangelio. Y así como Pablo debía defender el evangelio ante oposición, también ellos estaban llamados a mantenerse firmes en medio de la presión.

El amor que Pablo siente por ellos es sobrenatural: viene por medio de Cristo; es el amor que Dios ha derramado en nuestros corazones. No porque Filipos sea una iglesia perfecta o libre de problemas, sino porque Pablo ama a la iglesia con el amor de Cristo, participando juntos de la misma gracia de Dios. **El amor que une a la iglesia es el de Cristo.**

Pablo confía en que **Dios terminará la obra que comenzó en su pueblo, aun en medio de dificultades.** Y quiere animar a los filipenses al inicio de su carta con esta verdad consoladora.

La convicción del versículo 6 es el fundamento teológico que impide que las emociones de Pablo —gratitud, gozo y amor— se conviertan en sentimentalismo o en una negación de la realidad.

Pablo no está contento porque todo marche bien. Está contento porque Dios está obrando y terminará lo que comenzó.

Eso tiene una aplicación directa para nosotros como iglesia: el gozo cristiano no es mero optimismo; es **teología**. No nace de circunstancias favorables, sino de una convicción firme acerca de quién es Dios y de lo que Él está haciendo.

**No jugamos a la iglesia, ni Dios a ser Dios.**

Dios está obrando en medio nuestro, perfeccionando la obra que comenzó. Y esa obra no será frustrada por nuestras fallas ni anulada por la oposición que podamos experimentar.

- Cuando vemos imperfecciones en la iglesia, ¿dudamos de Dios o recordamos que Él sigue obrando?
- ¿Estamos participando activamente en el evangelio como iglesia, o simplemente siendo espectadores?
- ¿Podemos dar gracias por nuestra iglesia hoy, incluso en medio de sus debilidades?

Nuestra seguridad no descansa en la perfección de nuestra iglesia, sino en la fidelidad del Dios que comenzó su obra en nosotros y la llevará hasta el día de Cristo.

Nada podrá detener su obra en nosotros.

### 3. Hacia dónde va esto: el objetivo de la obra de Dios (vv. 9-11)

La obra que Dios comenzó tiene un destino claro: una iglesia llena de fruto de justicia para su gloria.

Pablo sabe que los filipenses no necesitan simplemente palabras positivas sobre el futuro, sino que necesitan que Dios obre en sus corazones, tanto individual como corporativamente. Por eso ora por ellos. Confía en la obra de Dios.

Y ora específicamente para que su amor abunde más y más. No para que empiecen a amar, sino para que el amor que ya existe crezca en profundidad y madurez.

No se trata de un amor sin dirección ni meramente emocional. Pablo pide que ese amor abunde en conocimiento y en todo discernimiento. El amor cristiano no es sentimentalismo; es amor formado por la verdad.

“**Conocimiento**” aquí no es información fría, sino conocimiento pleno de Dios y de su voluntad. Y “**discernimiento**” implica sensibilidad espiritual para aplicar esa verdad en situaciones reales.

¿Para qué? Para que aprueben lo mejor. No simplemente para evitar lo malo, sino para distinguir lo que es excelente. La madurez cristiana no se limita a no pecar; busca lo que honra más plenamente a Cristo, especialmente en contextos complejos y bajo presión.

El resultado es que sean puros e irreprochables en el día de Cristo. “**Puros**” en el sentido de sinceros, sin mezcla, con integridad interior. “**Irreprochables**” en el sentido de no causar tropiezo, viviendo de manera coherente delante de otros.

¿Hasta cuándo? Hasta el día de Cristo. Cuando sea el momento de su manifestación gloriosa y la de su pueblo.

**Pablo pone la mirada de los filipenses en ese día final de gloria, porque el hoy a veces no se ve tan glorioso.**

Y Pablo añade que estén llenos del fruto de justicia que viene por medio de Jesucristo. No es fruto producido por esfuerzo meramente, sino fruto que nace de la unión con Cristo. Él es la fuente. La justicia que se manifiesta en la vida del creyente es el resultado de la obra de Cristo en nosotros.

**¿Y cuál es el fin último de todo esto? Para la gloria y alabanza de Dios.**

El destino de la obra de Dios no es simplemente una iglesia funcional o tranquila. Es una iglesia madura, íntegra, llena de fruto, que refleje el carácter de Cristo. Y el fin último no es el bienestar de la iglesia en sí misma, sino la gloria y la alabanza de Dios.

La obra comenzó por gracia, crece por gracia y culminará para la gloria de Dios.

En esa promesa descansa nuestra seguridad: el mismo Dios que inició su obra la llevará hasta el día de Cristo, cuando todo lo que hoy vemos incompleto será presentado para su gloria.

¿Entendemos realmente la vida cristiana conforme a la Escritura, o hemos permitido que tradiciones o ideas superficiales moldeen nuestra manera de vivirla?

La vida cristiana no es un proyecto individual; es una vida que se vive en comunidad. Y esa comunidad es la iglesia de Cristo. Según este texto, su propósito es estar llena del fruto de justicia —buenas obras que glorifiquen y traigan alabanza a Dios.

Existimos para la gloria y la alabanza de Dios, no para nuestra propia exaltación. No para acomodarnos a este mundo presente, sino para vivir como una comunidad distinta, moldeada por el evangelio y orientada hacia la gloria de Dios.

Entonces debemos preguntarnos: ¿somos parte activa de esta iglesia local o vivimos en la periferia? ¿Velamos por la unidad y la edificación mutua, o estamos centrados principalmente en nuestros propios intereses?

**Por eso, como iglesia que ha sido apartada en Cristo Jesús, nos esforzamos en participar activamente en la vida del cuerpo.**

Nos esforzamos en discipular a otros, en compartir el evangelio, en enseñar la Palabra a hermanos más nuevos y en crecer en el conocimiento bíblico. Nos esforzamos también en servir en tareas concretas y necesarias: en la limpieza, en el mantenimiento, en dar la bienvenida a quienes llegan por primera vez y en sostener todo aquello que hace posible la vida de la iglesia.

**Hay mucho trabajo en la obra del Señor.** No somos llamados a mirar de lejos, sino a trabajar juntos como siervos de Cristo, buscando la unidad y la edificación mutua, mientras Dios perfecciona la obra que comenzó en nosotros hasta el día de Cristo.

Eso es escoger lo mejor. Es vivir como una iglesia que quiere honrar a Dios en todo, que busca la unidad y que participa en su obra.

Y no lo hacemos para ganar el favor de Dios, sino porque Él ya comenzó una obra en nosotros como iglesia, y Él mismo la perfeccionará hasta el día de Cristo.

## Conclusión

Hermanos, cuando veamos dificultades en medio nuestro —desafíos a causa de nuestro pecado o del pecado de otros— no pensemos que eso sea señal de que Dios ha abandonado su obra.

Si alguien mirara la cruz de Cristo, y al Hijo de Dios muriendo en ella, pensaría que todo había acabado. Que esa iglesia victoriosa de la que Jesús habló nunca vería la luz ni la gloria. Pero Dios no había acabado su obra sino que la había iniciado, era todo lo contrario a lo que aparentaba.

**La cruz es la certeza de que Dios no dejará su obra a medias.**

“El que no negó ni a Su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también junto con Él todas las cosas?” (Romanos 8:32, NBLA)

En la cruz, Dios no comenzó una obra para dejarla inconclusa. Allí pagó completamente por nuestro pecado. Allí aseguró nuestra redención. Allí nos hizo su pueblo.

Y el Dios que justificó no abandona. El Dios que adoptó no desecha. El Dios que comenzó no retrocede.

Cristo resucitó. Ascendió. Reina. Y volverá.

Y en aquel día —el día de Cristo— la obra que hoy vemos incompleta será presentada madura, pura e irreprochable delante de Él. El fruto que hoy parece pequeño será pleno. Lo que hoy está en proceso será perfecto.

Muchas veces es incluso por medio de las dificultades que Dios perfecciona su obra. No porque el sufrimiento sea bueno en sí mismo, sino porque el Dios que lo gobierna es fiel y lo usa para darnos crecimiento.

Por eso nuestra confianza no descansa en la estabilidad visible de la iglesia, sino en la fidelidad del Dios que la sostiene.

Lo mismo se puede aplicar para nuestras propias vidas.

No confíes en cómo estás o te sientes hoy, sino en Dios que comenzó la obra en nosotros y aún no la ha terminado.

Vuelve a poner tus ojos en Cristo confiando en su cruz como garantía de una obra perfecta siendo terminada en Aquel día.

Pero si no estás en Cristo, hoy es el día que puedas abandonar la vida que llevas lejos de Dios, y volverte del pecado hacia Jesús.

Poner tu confianza en Jesús, que por medio de Su sacrificio hay perdón y salvación como un regalo de la gracia de Dios.

Entonces podrás decir como Pablo que eres santo en Cristo Jesús, apartado para servirle y vivir para Él.

Y ver cómo Dios obra en tu vida, así como lo ha hecho en la nuestra.

Y que todos mirando a Cristo sostengamos firme la siguiente convicción:

**El que comenzó la buena obra la perfeccionará hasta el día de Cristo Jesús.**

Confiemos en Él.